

El Norte y el Mediodía.

Entre el presidente Le Quesnoy y su yerno nunca hubo grandes simpatías. Ni el tiempo, ni las frecuentes relaciones, ni los lazos de parentesco bastaron á disminuir la distancia que separaba á aquellas dos naturalezas, á vencer el frió temor que sentía el meridional ante aquel gran silencio, con altiva y pálida cabeza, cuya mirada profunda bastaba para hechar su charlatanería. Numa, móvil, flotante, desbordado siempre por su palabra, á un tiempo ardiente y complicada, se sublevaba contra la lógica, la rectitud y la rigidez de su suegro; y aunque envidioso de sus cualidades, las atribuía á la frialdad del hombre del Norte, del extremo Norte, de donde el Presidente procedía.

—Tras él sigue el oso blanco..... y despues..... nada, el polo y la muerte.

Sin embargo, le adulaba, procuraba seducirlo, engolosinarlo con anzuelos bien provistos; pero el galo, más sutil que él, no se dejaba engañar. Cuando los domingos hablaban de política en el comedor del viejo Le Quesnoy; cuando Numa, enternecido por la buena mesa, procuraba hacer creer al suegro que en realidad no diferían tanto en opiniones; que ambos querían la misma cosa, es decir, la libertad, era digna de ver la resolución con que el Presidente se sublevaba contra él negando sus afirmaciones.

—¡ Ah! vuestra libertad no es la mia.

Y con cuatro argumentos claros y duros restablecía las distancias, desenmascaraba las palabras y mostraba que no se dejaba sorprender por sus añagazas; el abogado salía del apuro echándolo á broma, aunque ofendido en el fondo, sobre todo á causa de su mujer, que oía y miraba, aunque sin mezclarse nunca en las cuestiones políticas. Entónces, al volver por la noche á casa en su carruaje, él se esforzaba en probarle que su padre carecía de sentido comun. « ¡ Ah! si no hubiera sido por ella, ya le hubiera puesto él entre la espada y la pared. » Para no irritar á su marido, Rosalía se guardaba bien de tomar la defensa de su padre, diciendo:

— Sí, es una desgracia que no podáis entenderos.....

En lugar de disminuirla, la elevacion de Roumestan al Ministerio aumentó la frialdad entre aquellos dos hombres. Le Quesnoy se negó resueltamente á presentarse en las soirées del Ministerio, explicándose á este propósito categóricamente con su hija:

— Dícelo á tu marido..... él puede venir á verme, y con la mayor frecuencia que le sea posible; haciéndolo así me dará gusto; pero no iré nunca al palacio del Ministro, porque yo sé lo que esas gentes preparan y no quiero que me tomen por su cómplice.

Por lo demas, la inconveniencia de que el suegro no asistiera á los saraos del yerno se disimulaba á los ojos del mundo por el luto del corazón que tenía á los Le Quesnoy alejados del mundo hacía ya mucho tiempo. Por otra parte, el Ministro de Instrucción pública se hubiera visto probablemente muy embarazado al ver en sus salones á aquel vigoroso contradictor, ante el cual él parecía un chiquillo; pero mostrábase, sin embargo, ofendido de la resolución de su suegro, y como buen cómico, se colocó en una actitud de dignidad, tomándola por pretexto para no acudir exactamente á las co-

midas de los domingos. Rosalía iba con frecuencia sola y procuraba disculpar á su marido con cualquiera de los mil pretextos, tales como las comisiones, las reuniones, los banquetes obligatorios, que dan á los hombres políticos tanta libertad.

En cambio ella no faltaba ningun domingo, gozosa de desquitarse en el hogar de sus padres, satisfaciendo ese gusto de la vida de familia, que su existencia oficial no le dejaba tiempo para satisfacer en el suyo. Cuando Rosalía llegaba, su madre solia estar todavía en la iglesia con Hortensia, y estaba segura de encontrar solo á su padre en la biblioteca, larga pieza, cubierta de libros de arriba abajo, encerrado con aquellos amigos mudos, confidentes intelectuales, únicos compatibles con su sombrío dolor.

El Presidente no se sentaba para leer; inspeccionaba los estantes, abria un libro para hojearlo, y sin aperebirse leia en pié y sin fatiga durante horas enteras. Cuando entraba su hija, él sonreia ligeramente; cambiaban pocas palabras, porque no eran habladores, y ella tambien, al lado de su padre, pasaba revista á sus autores queridos, escogiéndolos y hojeándolos, á pesar de la escasa claridad que habia en la biblioteca. Algunas veces él le daba un libro entreabierto, diciéndole:

— Lee eso — marcándole el sitio con la uña; y cuando ella habia leído, él continuaba diciendo:

— ¿ No es verdad que es muy bueno ?

Tal era el mayor placer para aquella jóven, á quien la vida ofrecia cuanto puede dar de brillante y de suntuoso. Aquella hora pasada junto á su padre, viejo y triste, aumentaba su adoracion filial con íntimos lazos intelectuales. Ella le debia la rectitud de sus pensamientos, el sentimiento de justicia que le daba tanto valor, al mismo tiempo que su gusto artístico, su amor á la pintura y á los buenos versos; porque el continuo manejo del Código no habia en Le Quesnoy osificado al

hombre. A su madre la amaba Rosalía, la veneraba, aunque se sublevaba un poco contra la sencillez de su carácter, demasiado blando, que la anulaba hasta en su misma casa, y á quien el dolor, que eleva á ciertas almas, la encorvaba hasta la tierra, sumergiéndola en las más vulgares preocupaciones femeninas, en la devocion y en las menudencias domésticas. Era más jóven que su marido, y la hacia parecer más anciana su conversacion de pobre mujer, conversacion que envejecia, entristeciéndose como ella, buscando los cálidos rincones de sus recuerdos de la infancia, pasada en una posesion del Mediodía. Mas la iglesia, sobre todo, se habia enseñoreado de ella, y desde la muerte de su hijo iba á adormecer su pena en el silencio y oscuridad del templo, como en la paz del claustro, defendido del estrépito de la vida por las macizas puertas, con ese egoismo devoto y cobarde de las desesperaciones que, absortas al pié del altar, se desligan de los cuidados y deberes de la vida.

Rosalía era jóven cuando murió su hermano, y no dejó de sorprenderla la manera distinta con que sus padres sentian desgracia tan grande: la madre renunciaba á todo y se abismaba en una religion llorosa; el padre sacaba fuerzas de flaqueza, cumpliendo con sus deberes, y esta diferencia produjo, por una eleccion de su razon, la preferencia por su padre. El casamiento, la vida comun, las exageraciones, las mentiras, las locuras de su meridional, aumentaban el encanto y hacian que le pareciera más dulce el abrigo de la biblioteca silenciosa, en la que se refugiaba huyendo de los grandiosos y frios palacios oficiales, en los que viven los ministros como los transeuntes en espléndidos hoteles. En medio de la tranquila conversacion oian el ruido de una puerta, los crujidos de la seda, y Hortensia entraba.

— ¡ Ah ! ya sabia yo que te encontraria aquí....

A Hortensia no le gustaba leer; hasta las novelas la abur-

rian; nunca le parecían bastante románticas á su exaltada mente.

Después de dar vueltas por la biblioteca durante cinco minutos sin quitarse el sombrero, decía :

—¿No te parece, Rosalía, que con todos esos papelotes aquí huele mal?..... Vaya, vénteme conmigo..... Ya has estado bastante con papá; ahora me perteneces.

Conducíala á su habitación, en la que también había vivido Rosalía hasta los veinte años, y gozaba durante una hora de conversacion, viendo los objetos que le habían pertenecido: su lecho, su pupitre, la biblioteca, en la que recordaba algo de su infancia leyendo los títulos de los libros, y en la puerilidad de mil cosillas insignificantes, cuidadosamente conservadas. En aquella habitación de niña, más elegantemente adornada que en su tiempo, ella volvía á encontrar sus pensamientos en todos los rincones. Ahora había más elegancia y ménos orden; veíanse dos ó tres obras de costura, empezadas y abandonadas, en el respaldo de las sillas; estaba abierto el pupitre, cubierto de papeles; siempre, cuando entraba, había que emplear un minuto para restablecer el orden en la habitación.

—Es el viento, decía Hortensia riéndose; sabe que lo adoro y habrá entrado para ver si yo estaba.

—Habrán dejado la ventana abierta, respondió Rosalía tranquilamente..... Pero no sé cómo puedes vivir aquí..... yo no puedo ni pensar cuando cada cosa no está en su sitio. Y se levantaba para poner derecho un cuadro colgado en la pared, que fatigaba su vista, tan amiga de la simetría como su espíritu.

—Pues á mí me sucede todo lo contrario..... el desorden me agrada porque me parece que estoy de viaje.

Esta diferencia de caracteres y de gusto se revelaba en la fisonomía de las dos hermanas. La de Rosalía era regular, de

gran pureza en las líneas; sus ojos eran serenos y de color cambiante, como las olas cuando la mar es profunda; las facciones de la otra eran desordenadas; tenía el color mate de la criolla y la expresión espiritual. El Norte y el Mediodía, del padre y de la madre; dos temperamentos muy distintos, que se habían unido sin confundirse, perpetuaban cada cual su raza, á pesar de la vida en comun, de la educación recibida por ambas en un gran colegio, donde Hortensia recibía de los mismos maestros, pocos años después, la educación escolar que había hecho de su hermana una mujer seria, reflexiva, ocupada de lo presente, y que se absorbía en sus menores actos, y á ella la dejaba atormentada, quimérica, inquieto el espíritu, y siempre removiéndose. Viéndola tan agitada, Rosalía exclamaba algunas veces :

—Yo soy muy feliz porque no tengo imaginación.

—Yo no tengo otra cosa, decía Hortensia, y recordaba que en la clase de Mr. Baledony, encargado de enseñarles á tener estilo y á desarrollar el pensamiento, á lo que él llamaba pomposamente su clase de imaginación, Rosalía no adelantaba y expresaba todas las cosas con algunas concisas palabras, mientras que con lo que ella decía podrían llenarse muchos volúmenes. «El premio de imaginación es el único que obtuve en el colegio», solía decir Hortensia. A pesar de todo, estaban tiernamente unidas con una de esas afecciones naturales entre hermana mayor y menor, en las que entra algo del sentimiento filial y del maternal. Rosalía la llevaba á todas partes, al baile, á casa de sus amigas, á las tiendas, que tanto afinan el gusto de las parisienses. Aun después de salir del colegio continuó siendo su madrecita, y por el momento se ocupaba en buscarle marido que fuera compañero tranquilo y seguro, necesario para aquella loquilla, brazo sólido que la impidiera caer. Para esto Mejean era el hombre indicado; pero Hortensia, que al principio no dijo

que no, mostró por él de repente gran antipatía. Al día siguiente del sarao ministerial, donde Rosalía descubrió con sorpresa la emoción, la turbación de su hermana, ambas tuvieron una explicación.

— ¡Oh, sí, él es bueno y yo le quiero, decía Hortensia.... es un amigo leal, de esos que quisiera una tener á su lado toda la vida; pero no es el marido que me conviene.

— ¿Por qué?

— Te vas á reír.... pues no es más sino porque no habla bastante á mi imaginación.... Casarme con él me produce el efecto de una casa burguesa, rectangular, al final de una alameda recta como una L; y tú sabes que á mí me gusta lo imprevisto, la sorpresa....

— Entónces te gustará Mr. Lappaza.

— Mil gracias; él preferiría su sastre á mí.

— ¿Acaso Mr. de Rochemaure?

— ¿El papalista modelo?.... A mí me causan horror los papeles.

Y como la inquietud de Rosalía la estrechaba, queriendo saber é interrogándola, Hortensia acabó por decir:

— ¿Qué es lo que yo quisiera? dijo la jóven, cuyas mejillas se colorearon súbitamente.... ¿Lo que yo quisiera?.... Su voz cambió, y con expresión muy cómica agregó: «Quisiera casarme con Bompard; sí, Bompard es el marido de mis sueños. Al ménos ese tiene mucha imaginación.... recursos contra la monotonía».

Al decir esto se levantó y recorrió á grandes pasos el cuarto, pareciendo preocupada. Según ella, no conocían á Bompard.

— ¡Qué fiereza, qué dignidad y qué lógica en su locura! Numa quería darle un empleo cerca de él y no lo quiso, prefiriendo vivir con sus quimeras. ¡Y se acusa á la gente del Mediodía de no ser práctica, industriosa.... Él hace mentir la

leyenda.... Mira, en este momento, según me contaba en el baile de la otra noche, se ocupa en hacer empollar huevos de avestruz.... Nada ménos que una empolladura artificial.... Está seguro de ganar muchos millones.... y es más feliz que si los tuviera.... Ese hombre es una fantasmagoría perpetua.... ¡Qué me casen con Bompard; no quiero más que á Bompard.

— Vaya, hoy ya no podré saber nada, pensaba la hermana mayor, que creía adivinar algo oculto tras de aquella palabrería.

Un domingo encontró Rosalía, al llegar á casa de sus padres, á la madre, que la esperaba en la antesala, y que le dijo con ademán misterioso:

— En el salón hay una señora del Mediodía.

— ¿Es la tía Portal?

— Vas á ver....

No era la tía Portal, sino una engalanada provenzala, cuya rústica reverencia terminó con una risotada chillona.

— ¡Hortensia!

Las faldas le llegaban apenas á los zapatos escotados; á la cintura la hacían parecer más ancha los pliegues de tul del gran pañuelo, y la fisonomía de Hortensia, encuadrada en las ondas de la cabellera retenida por la cofia de terciopelo picoteado y bordado con mariposas de azabache, la habían transformado en una perfecta provenzala.

— ¿No te parece que está muy linda? decía la madre, encantada con aquella personificación viviente del país en que pasó la juventud.

Rosalía, lejos de entusiasmarse como su madre, se estremeció sobrecogida de una tristeza inconsciente, como si aquel vestido le arrebatara á su hermana, llevándosela lejos, muy lejos.

— ¡Vaya una fantasía!....

—Te sienta muy bien; pero me gustas más vestida á la parisiense..... ¿Quién te ha vestido así?

—Oliverta Valmajour, que acaba de marcharse.

—¡Cómo! ¿Viene con frecuencia? dijo Rosalía, pasando á su habitacion para dejar el sombrero..... ¡Qué amistad!..... Voy á tener celos.

Hortensia se defendió sin poder ocultar su turbacion, diciendo que á su madre le gustaba verla en casa vestida al uso del Mediodía.

—¿No es verdad, mamá? gritó desde una á otra habitacion. Además, esa pobre mujer estaba tan aislada en París, é interesa tanto su ciega adhesión al genio de su hermano.....

—¿Al genio?..... dijo la hermana mayor meneando la cabeza.

—¿Qué te extraña? ¿No viste en el sarao de la otra noche el efecto que produjo? En todas partes lo produjo igual. Y como Rosalía respondiera que debía tenerse en cuenta para apreciar el verdadero valor de esos éxitos mundanos, su carácter de particulares, el deseo de complacer al anfitrión, la excitación y el capricho de una fiesta, la otra respondió:

—En fin, él está ya en la Opera.

La cinta de terciopelo se agitaba sobre la sublevada cofia, como si verdaderamente cubriera una de las cabecillas exaltadas, cuyo fiero perfil rodea allá abajo. Además, los Valmajour no eran campesinos como los otros, sino los últimos representantes de una noble familia caída.....

Rosalía, en pie delante de la cabecilla caliente de su hermana, volvióse riendo, y dijo:

—¡Cómo! ¿Tú crees en esa leyenda?

—¡Ya lo creo!..... Proceden directamente de los Príncipes de Baux..... Allí tienen los pergaminos y las armas de piedra sobre la puerta rústica, que dan fe. El día que quieran.....

Rosalía se estremeció. Detrás del campesino que tocaba el

fautin asomaba el Príncipe. Para la que había ganado el premio de imaginación en el colegio aquello podía ser peligroso.

—Nada de eso es verdad, dijo, dejando de reír..... En los arrabales de Aps hay diez familias que usan el mismo apellido, de origen noble. Los que te han dicho otra cosa han mentido por vanidad, por.....

—Pues era Numa, tu marido, quien la otra noche, en el Ministerio, lo contaba con todos sus pormenores.

—¡Oh! Con él, ya sabes..... siempre hay que poner los puntos sobre las íes.....

Hortensia ya no la escuchaba: habíase ido al salón, y sentada al piano, entonaba con voz vibrante la conocida canción provenzal:

*Moun'as passa la mativado
Mourbicá, Marioun.....*

La joven cantaba con aire grave, con tono de canto llano, una antigua canción, popular en Provenza, que Numa le había enseñado, y que él se divertía en hacérsela cantar con su acento parisiense, que resbalando sobre las articulaciones meridionales, se parecía al italiano pronunciado por una inglesa. La canción que Hortensia cantaba, decía así:

«¿Dónde has pasado la mañana, voto á cribas, Maricuela?

» En la fuente, á buscar agua, santo Dios, amigo mio.

» ¿Con quién hablabas allí, voto á cribas, Maricuela?

» Con una de mis camaradas, santo Dios, amigo mio.

» Las mujeres no gastan bragueta, voto á cribas, Maricuela.

» Era su ropa arrugada, santo Dios, amigo mio.

» Las mujeres no gastan espada, voto á cribas, Maricuela.

» Era su rueca que le colgaba, santo Dios, amigo mio.

- » Las mujeres no tienen bigote, voto á cribas, Maricuela.
 » Era que comía moras, santo Dios, amigo mio.
 » En el mes de Mayo no hay moras, voto á cribas, Maricuela.
 » Era una rama del otoño, santo Dios, amigo mio.
 » Pues anda y traeme un puñado, voto á cribas, Maricuela.
 » Los pajarillos se las han comido, santo Dios, amigo mio.
 » ¡ Maricuela!..... Te cortaré la cabeza, voto á cribas, Maricuela.»

Al llegar aquí, Hortensia se interrumpió para lanzar un gesto, diciendo con la entonación con que Numa acostumbraba á hacerlo cuando se exaltaba: «Esto..... ya lo veis, *hijos* míos, es tan hermoso como lo mejor de Shakespeare.»

— Sí; es un cuadro de costumbres, dijo Rosalía acercándose á su hermana..... Un marido grosero, brutal; una mujer falsa y embustera..... Un verdadero matrimonio meridional.

— ¡ Oh, hija mia! dijo madama Le Quesnoy con tono de dulce reconvección, propio de viejas querellas olvidadas. Tornóse bruscamente el taburete del piano, y apareció cara á cara, frente á Rosalía, el indignado bonete de la falsa provenzala.

— ¡ Eso es demasiado! ¿ Qué mal te ha hecho el Mediodía? Sabe que yo lo adoro. Yo no lo conocía; pero el viaje que me hiciste hacer me ha revelado en él mi verdadera patria. Aunque me hayan bautizado en San Pablo, yo soy de allá abajo..... una hija de la plazoleta..... Mamá, uno de estos días dejaremos plantados á estos frios septentrionales, y las dos nos iremos á vivir en nuestro bello y cálido país del Mediodía, donde se canta, se baila y sopla el viento; donde brilla el sol, donde hay espejismos y todo lo que poetiza la vida. *Allí es donde yo quisiera vivir.*

Sus dos ágiles manos volvieron á caer sobre el teclado,

dispersando el final de su sueño en un torbellino de notas resonantes, mientras Rosalía murmuraba en sus adentros:

— ¡ Y no decir ni una palabra del tamborilero. Esto es lo grave!

En efecto, era más grave que ella imaginaba.

Desde el día en que Oliverta vió á la señorita poner una flor de granado silvestre en los cordones del tamborin de su hermano, se formó en su espíritu ambicioso una espléndida visión, que iluminaba su porvenir y que no había contribuido poco á su emigración del monte de Cordue. La acogida que le hizo Hortensia cuando se fué á quejar, y su apresuramiento para llevarla al palacio en que Numa vivía, la afirmaron en su esperanza todavía vaga. Desde entónces, lentamente, sin descubrirse á sus hombres más que con medias palabras, había preparado el camino con su duplicidad de campesina casi italiana, deslizándose, arrastrándose como gata que acecha su presa. Desde la cocina de la casa, donde empezaba por esperar tímidamente en un rincón, sentada en el borde de una silla, se escurria hasta la sala, donde se instalaba, siempre limpia y bien peinada, en el sitio desviado propio para una parienta pobre. Hortensia, gozosa, la enseñaba á sus amigas como un lindo juguete traído de aquella Provenza, de la que hablaba con tanto apasionamiento. La astuta provenzala se hacía más simple de lo que era, exageraba su timidez salvaje, sus cóleras contra el cielo nublado de París, lanzando exclamaciones con ingenuidad teatral, con el esmero con que pudiera una dama joven representando la niña cándida. Hasta el mismo Presidente sonreía. ¡ Hacer reír al Presidente! Mas era en el cuarto de la joven, sola con ella, donde Oliverta ponía en juego todas sus artimañas. Arrodiábase de repente á los piés de Hortensia; tomábale las manos; se extasiaba en las menores gracias de su persona y vestidos, en el modo de anudar una cinta, de peinarse, y dejaba escapar sus

alabanzas cara á cara, lo que no deja de agradar siempre al alabado cuando cree en la espontaneidad del elogio. «¡Oh! cuando la señorita descendió del carruaje delante del viejo castillo arruinado, ella habia creído ver á la misma Reina de los Ángeles en persona: tan sobrecogida quedó, que no podia hablar. ¡Y su hermano! ¡pecador! Oyendo á la carroza que se llevaba á la parisiense rodar por los pedruscos de la cuesta, creía que éstos le caian uno á uno sobre el corazón.» La astuta campesina hacia jugar á su hermano el papel de enamorado, y hablaba de su orgullo, de sus inquietudes.... ¿Y por qué de sus inquietudes?.... ¿Después del sarao del *Menistro* hablaban de él en todos los periódicos, ponian su retrato en todas partes; recibia tantas invitaciones del arrabal de San German, que no podia asistir á todas. Duquesas y condesas le escribian billetes en papel que olía muy bien, con coronas como las de las carrozas que mandaban para conducirle á su palacio.... Sin embargo, el pobre no se daba por contento.

Todo esto, murmurado cerca de Hortensia, le comunicaba la fiebre y el magnético entusiasmo de la campesina; y sin mirarla, le preguntaba si Valmajour no tenia una novia que lo esperaba en su país.

— ¡Él una novia! Bien se ve que no le conocéis. Él se tiene en mucho para contentarse con una campesina. Las más ricas del pueblo andan tras él; la de Combette, y tambien las Galantes. ¡Ya sabeis!... ni siquiera las ha mirado... ¡Quién sabe lo que anda rodando por su cabeza! ¡Oh! esos artistas....

Esta palabra, nueva para ella, tomaba en sus labios una indefinida expresion, como el latin de la misa ó alguna fórmula eclesiástica recogida en algun libro de horóscopos. Tambien la herencia del primo Payfourcat se mezclaba con frecuencia en la astuta palabreria de la campesina. Pocas familias hay en el Mediodia, artesanas ó burguesas, que no tengan su primo Payfourcat, jóven aventurero, que se marchó á lejanas

tierras, y que se imaginan riquísimos aunque carezcan de noticias suyas. Es como si tuvieran un billete de loteria que no saben cuándo se ha de jugar, ilusion quimérica, esperanza de una fortuna en lontananza, en la que acaban por creer á pié juntillas. Oliverta creia en la herencia del primo, y hablaba de ella á la jóven, ménos para deslumbrarla que para disminuir las distancias sociales que las separaban. Cuando muriera el primo y cobrara la herencia, su hermano volveria á comprar Valmajour, reconstruirla el castillo, y haria valer sus títulos de nobleza, puesto que todos afirmaban la existencia de los pergaminos.

Después de aquellas conversaciones, que solian prolongarse hasta el crepúsculo, Hortensia permanecia silenciosa, con la frente apoyada en los cristales del balcon, imaginándose que veia entre la roja bruma de un sol poniente levantarse las altas torres del castillo reconstruido, la plataforma iluminada por la luz del crepúsculo, y los homenajes rendidos en honor de la castellana.

— ¡Dios mio, qué tarde es ya! exclamaba la campesina al ver á la jóven remontada adonde ella queria llevarla. Con la concurrencia he olvidado ir á preparar la comida para mis hombres. Yo me escapo.

Valmajour sabia ir á esperarla, pero ella no le dejaba subir. Tenialo por tan torpe y grosero, tan indiferente ademas á toda idea de seduccion, que para realizar sus planes no tenia necesidad de él. Tambien le estorbaba Rosalía, á quien comprendia no engañaban sus zalamerías y falsas inocentadas. Cuando ella estaba delante, Oliverta fruncia sus negras cejas y no decia palabra; y tras su mutismo habia un odio de raza, la cólera del débil, disimulado y vindicativo, contra el obstáculo más serio en que tropezaban sus proyectos. Tal era la verdadera causa de su odio contra la hermana mayor; pero no era ésta, sino otras, las que confesaba á Hor-

tensia. «A Rosalía no le gustaba el tamborin, y ademas no cumplía con las prácticas religiosas..... y una mujer que no tiene religion..... ya veis.» Ella, Oliverta, tenía religion; nunca faltaba á la misa ni á la comunión los días de precepto y áun otros que no lo eran. Esto no impedía que fuera chismosa, falsa, embustera, hipócrita, violenta hasta el crimen, y que sólo tomara de los textos sagrados pretextos de venganza y de odio; pero, eso sí, en el sentido femenino de la palabra, la campesina era honrada. Con sus veinte y ocho años y su linda cara, conservaba la castidad severa del espeso pañuelo de campesina, apretado contra su corazón, que nunca palpité más que por la ambición maternal, á pesar de las tentaciones y de las provocaciones del medio social en que vivía entónces.

— Hortensia me trae inquieta.

Rosalía, á quien su madre hacía esta confidencia en un rincón del salón del palacio ministerial, creyó que madama Le Quesnoy participaba de sus inquietudes; pero la observación de la madre se refería á la salud de Hortensia, que no lograba curarse de un fuerte resfriado. Rosalía miraba á su hermana, que conservaba el tinte deslumbrante de su tez, su vivacidad y alegría. Verdad es que tosía un poco; pero eso sucede á todas las parisienses despues de la estación de los bailes: la vuelta del buen tiempo las cura.

— ¿Has hablado á Jarrás?

Jarrás era un médico amigo de Roumestan, y decia que la enfermedad no era nada, y que la llevarán á tomar las aguas de Arvillard.

— Pues llevadla inmediatamente, dijo con viveza Rosalía, encantada con aquel pretexto para alejar á Hortensia de París.

— Bueno; pero tu padre se quedará solo.....

— Yo iré á verle todos los días.

La pobre madre confesó, sollozando, el terror que le inspi-

raba aquel viaje, recordando que durante un año habia recorrido tambien todos los baños medicinales para el hijo que habian perdido. ¿Volveria á comenzar la misma peregrinación con el mismo espantoso desenlace en perspectiva? La primera la soportó á los veinte años, llena de salud y de fuerza.

— ¡Oh mamá, mamá!..... ¡Quieres callarte!

Y Rosalía le reñía con dulzura. Hortensia no está enferma, el médico lo dice bien claro. El viaje no será más que una distracción. Arvillard está en los Alpes del Delfinado, que es un país muy sano. Ella hubiera acompañado á Hortensia de buena gana, pero desgraciadamente no podía por causas graves....

— Sí; ya comprendo..... Tu marido, el Ministerio.....

— ¡Oh! no es eso.....

Y acercándose más á su madre, en la intimidad del corazón, en la que tan raras veces se encontraban la madre y la hija, le dijo:

— Escucha; mas para tí sola, porque nadie lo sabe, ni siquiera Numa.

Y entónces le confesó la esperanza, frágil todavía, de lograr la gran felicidad que ya habia dejado de esperar y que la enloquecía de gozo y de temor; la esperanza de ser madre.

XI.

Una estacion balnearia.

«Arvillard-les-Bains, 2 de Agosto de 1876.»

»Es muy curioso el sitio desde donde te escribo. Imagínate una sala cuadrada, con techo muy alto, enlosada, estucada y sonora, en la que la luz que penetra por dos grandes ventanas está velada por cortinas azules, aumentando la oscuridad una especie de lejía flotante que huele á azufre, que se pega á la ropa y quita el brillo á las alhajas de oro, y en esta atmósfera espesa, mucha gente sentada junto á la pared, en bancos, sillas ó taburetes, en torno de mesitas, y mirando á cada momento el reloj, levantándose y saliendo para dejar el puesto á otro. Cada vez que la puerta se abre, se ve una multitud de bañistas, que circulan en el claro vestíbulo, y los blancos delantales de las sirvientas que van y vienen con paso ligero. A pesar de tanto movimiento, sólo se oye el continuo murmullo de conversaciones en voz baja, de periódicos desdoblados, de malas plumas oxidadas que arañan el papel; en fin, aquí hay el recogimiento de una iglesia bañada, refrescada por el gran chorro de agua mineral, que se eleva hasta estrellarse en un disco metálico, de donde se esparce deshaciéndose y pulverizándose, por decirlo así, hasta caer en anchas pilas sobrepuestas, de las que va cayendo en lucientes chorros hasta las más bajas. Tal es la sala de inhalacion.

»Debo decirte, querida mía, sin embargo, que no todos inhalan de la misma manera. Así el viejo señor que tengo enfrente sigue á la letra las prescripciones del médico: yo las conozco todas. Tiene los piés sobre un taburete; el pecho echado adelante, apartados los codos, y la boca abierta para facilitar la aspiracion. ¡Pobre señor! ¡Cómo aspira! Con qué confianza, con qué ojillos redondos, devotos y crédulos parece decir á la fuente: «¡Oh manantial de Arvillard, cúrame bien ya ves cómo te aspiro, qué fe tengo en tí!....»

»Despues tenemos el escéptico que inhala sin inhalar; vuelto de espaldas á la fuente, encogiéndose de hombros y mirando al techo. Tambien hay los desanimados, los que están enfermos de véras, que comprenden la inutilidad y el vacío de todo esto.... Sin embargo, no deja de encontrarse aquí el medio de estar alegre. Señoras que viven en la misma fonda acercan sus sillas, se agrupan, bordan y murmuran por lo bajo; comentan el periódico de los bañistas y la lista de los extranjeros que llegan. Las jóvenes arbolan sus novelas inglesas, encuadradas en papel encarnado, y los curas leen sus breviarios.... Entre paréntesis, te diré que en Arvillard hay muchos curas, sobre todo misioneros, con grandes barbas y mejillas pálidas, con voces casi extinguidas á fuerza de haber predicado la palabra de Dios.... En cuanto á mí, bien sabes que no me gustan las novelas, sobre todo las de ahora, en las que todo pasa como en la vida ordinaria; por eso me entretengo en escribir á dos ó tres víctimas preferentes; á María Berurier, á Aurelia Dausaert y á tí, hermana, á quien adoro. ¡Contad con verdaderos periódicos! ¡Imagínate lo que escribiré en dos horas de inhalacion!.... Nadie inhala tanto como yo; soy un verdadero fenómeno. Sin duda por eso me miran mucho, lo que me enorgullece.

»Aquí no hay más tratamiento, aparte del vaso de agua mineral que bebo en la fuente por la mañana y por la tarde, y

que debe triunfar del obstinado velo que el pícaro reuma ha dejado sobre mi voz. Esta es la especialidad de las aguas de Arvillard, y sin duda por eso se dan citas para estos baños los cantantes y las cantatrices. El hermoso Mayol acaba de irse con la garganta renovada. La señorita Bachellery, ya sabes, la pequeña diva de nuestras fiestas, se encuentra tan bien, despues de las tres semanas reglamentarias, que va á empezar otras tres, por lo que el periódico de los bañistas la elogia mucho. Tenemos el honor de vivir en la misma fonda que esta jóven é ilustre artista, que tiene por apéndice una tierna madre bordelesa, que en la mesa redonda pide cosas excitantes en la ensalada, y habla del sombrero de ciento cuarenta francos que llevaba su hija en las últimas carreras de caballos de Longchamps. Forman una pareja deliciosa y que nos causa admiracion. Las niñadas de Bébé, como llama su madre á sus risotadas y á sus gorgoritos, y á los movimientos desordenados de su faldamenta, hacen que la gente estupefacta se pasmee y corra al patio enarenado de la fonda para verla jugar con los niños más pequeños, correr, saltar y jugar á la pelota como un chiquillo: «Tened cuidado, Mr. Pablo, que os voy á enrocar.»

»Todo el mundo dice: «¡Si es una niña!» Yo creo que esas falsas niñerías no son más que un papel de comedia, como sus faldas con anchos nudos y su moño de postillon. ¡Ademas, tiene una manera tan extraordinaria de besar á la gorda bordelesa, de colgarse á su cuello, de hacer que la mezca y dar vueltas delante de todo el mundo! Tú sabes hasta qué punto me gusta á mí hacer caricias, y sin embargo, la verdad, me encuentro embarazada para besar á mamá. Hay tambien otra familia muy curiosa, pero ménos divertida, compuesta del Príncipe y de la Princesa de Anhalt, la señorita su hija, la gobernanta, las doncellas y el séquito, que ocupan todo el primer piso de la fonda, en la que viven los personajes

más importantes. Con frecuencia encuentro á la Princesa en la escalera, subiendo lentamente colgada al brazo de su marido, buen mozo, deslumbrante de salud, bajo su sombrero rodeado de un velo azul. Ella no va al establecimiento de los baños sino en silla de manos, y da pena ver su cara demacrada y pálida detras de los vidrios, y al padre y á la hija al lado de la silla. La hija es raquítica y tiene todos los rasgos de la madre, y acaso padece el mismo mal. Esta pobre niña, de ocho años, se aburre, porque le está prohibido jugar con los otros niños, y mira tristemente desde el balcon las partidas de croquet y las cabalgatas. Encuentran su sangre demasiado azul para permitirle esos desahogos de la gente comun, y prefieren guardarla envuelta en la lúgubre atmósfera de su madre espirante, junto á ese padre que pasea á su enferma, con la cabeza erguida, ó abandonarla á los domésticos. ¡Dios mio, podria decirse que esto es una epidemia, un mal que roe á la nobleza! Esta familia come aparte en un saloncito; inhala aparte.... ¿Comprendes toda la tristeza del encerramiento de esta mujer y de esta niña en un gran subterráneo silencioso?

»La otra noche estábamos en gran número en la sala del piso bajo, donde se reunen para jugar, cantar y tambien para bailar algunas veces. La mamá Bachellery acababa de acompañar una cavatina de ópera que habia cantado su Bébé: «Queremos entrar en la Ópera, y hemos venido á Arvillard para recobrar la voz», segun la elegante espresion de la madre. De repente se abre la puerta y entra la Princesa con el gran aire que le es propio, espirante, pero con elegancia, liada en un chal de encaje, que disimulaba algo la estrechez terrible y significativa de sus hombros. La niña y el marido entraron tras ella.

»—Os suplico que continueis, dijo la pobre mujer tosiendo.

»Y á la estúpida cantadorcilla se le ocurrió escoger, entre todo su repertorio, la romanza más triste y sentimental, *Vor-*

rei morire, que se parece á nuestras *Hojas quertas*; una enferma que fija la fecha de su muerte para el otoño, haciéndose la ilusión de que toda la Naturaleza va á espirar con ella envuelta en la primera niebla como en un sudario.

»*Vorrei morir ne la estagion dell'anno.*

»El aire es gracioso, pero muy triste; y en medio del gran salon, en el que penetran por las ventanas abiertas los olores, los ligeros ruidos, la frescura de una hermosa noche de estío, ese deseo de vivir todavía hasta el otoño, esta tregua, este plazo pedido al mal, tenían algo de conmovedor. Sin decir nada, la Princesa se levantó y salió bruscamente. Yo oí en la oscuridad del jardín un sollozo prolongado, la voz de un hombre que reñía con dulzura, y quejas mezcladas con el llanto de la niña, que sentía la pena de su madre.

»Tales son las tristezas de las estaciones balnearias; las miserias de la salud con que se tropieza; toses fatigosas y pertinaces; inútiles precauciones de tapar la boca con el pañuelo para evitar el aire; conversaciones, confidencias, en las que se adivina, por los gestos doloridos que muestran siempre el pecho ó el hombro, hácia la clavícula, y los pasos lentos, pesados, arrastrados; todo, en fin, lo que revela la idea fija del padecimiento. Mamá, que conoce todas las estaciones balnearias, donde se *curan* las enfermedades del pecho ¡pobre mamá! dice que en Aguas Buenas, ó en el Monte Dorado, el espectáculo es mucho más penoso que aquí, donde sólo viven los convalecientes como yo, ó los que están ya en caso tan desesperado que no se espera salvarlos. Felizmente, en nuestra fonda de los Alpes del Delfinado no hay gabinete de consulta; gabinetes que suelen ser tan pequeños, que los pacientes se amontonan en ellos y desbordan hasta la escalera y llegan hasta la calle. Así, el médico no descansa y os larga una receta sin dejar de hacer cabriolas, como un bañista en el período de la reaccion.

»¡La reaccion!..... ¡Gravísimo asunto! Como yo no tomo duchas, no conozco por mí misma lo que es la tal reaccion; pero algunas veces que permanezco un cuarto de hora bajo los tilos del bosquecillo, me entretengo en ver á estos *reaccionarios* yendo y viniendo, andando á grandes pasos regulares, ensimismados y cruzándose sin decirse una palabra. Mi viejo señor, el de la sala de inhalacion, el que parece que enamora á la fuente, emplea en este ejercicio, hecho con toda conciencia, la misma exactitud y puntualidad. A la entrada de la alameda se detiene, cierra su blanca sombrilla, abre y dobla el cuello de la levita, mira el reloj y se pone en marcha, con la pierna recta, los codos pegados al cuerpo, y con un movimiento que parece que va diciendo entre sí: «¡una, dos!», hasta llegar al fin de la alameda. Allí se detiene, levanta los brazos tres veces y vuelve de la misma manera, repitiendo quince veces el mismo paseo. Se me figura que la seccion de los locos agitados en Charenton debe parecerse algo al aspecto que ofrece esta alameda á las once de la mañana.»

«6 de Agosto.

»¿Conque es verdad? ¿Numa viene á vernos? ¿Qué contenta me ha puesto la noticia! Tu carta ha llegado por el correo de la una, cuya distribucion se hace en el despacho de la fonda. ¡Minuto solemne, decisivo para el aspecto que durante el resto de la jornada ofrecerá la sociedad de los bañistas! El despacho está lleno; los que esperan cartas forman medio círculo en torno de la gruesa madama Langeron, que está imponente con su bata de franela azul, mientras que con su voz autoritaria, un poco amanerada, que recuerda á la antigua dama de compañía, lee los sobres de las cartas que ha traído el correo. Cada cual se adelanta al oírse nombrar, y debo decirte que muestran cierto amor propio cuando reciben muchas cartas y paquetes. ¡En qué no se muestra el amor

propio en este perfecto frote de estúpidas vanidades! ¡ Cuando pienso que hasta yo misma estoy orgullosa porque aguanto impávida mis dos horas de inhalacion! «El señor principe de Anhalt..... Monsieur Vasseur..... Monsieur Vasseur..... La señorita Le Quesnoy.....» ¡ Decepcion! No es más que mi periódico de moda. «La señorita Le Quesnoy.....» Miro si hay algo más para mí y me escapo hasta el fondo del jardin, me siento en un banco rodeado de grandes avellanos, con tu carta en la mano. Este es mi asiento favorito, el rincon donde me aislo para soñar y hacer mis novelas; porque para inventar bien, para desarrollar la imaginacion segun las reglas de monsieur Baudouy, para soñar cosas sorprendentes, no me conviene tener delante lejanos horizontes. Cuando el espacio es demasiado grande, me pierdo, me desanimo..... La única cosa que me fastidia en este banco es la vecindad de un columpio, en el que la pequeña Bachellery pasa la mitad del dia haciéndose columpiar por un jóven. ¡ Qué gritos da Bebé! ¡ qué gorgoritos!..... «¡ Más alto, más todavía!.....» ¡ Dios mio! esa muchacha me ataca los nervios. Quisiera que el columpio la lanzára hasta las nubes y que no bajára más. ¡ Me encuentro tan bien sola, sentada en este banco cuando ella no está ahí columpiándose! He saboreado tu carta, y la postdata me ha arrancado un grito de alegría.

»¡ Oh, bendito sea Chambéry, su nuevo Liceo y esa primera piedra que debe poner el Ministro de Instruccion pública! Aquí estará muy bien para preparar su discurso paseándose en la alameda de la *reaccion*..... ¡ Vamos; ahora se me escapa un juego de palabras; ó si no, bajo los avellanos, cuando la señorita Bachellery no los sacude columpiándose! ¡ Oh, mi querido Numa! ¡ Qué bien me entiendo yo con él, tan vivo, tan alegre! Juntos hablaremos de nuestra Rosalia y de esa gravísima causa que le impide viajar en este momento..... ¡ Ah, Dios mio, es un secreto!..... ¡ Y mamá que me ha hecho jurar que no se

me escaparía!..... Ella sí que estará contenta al saber que viene su querido Numa. Porque has de saber que mamá ha perdido toda su timidez y habitual modestia; era de ver la majestad con que entró en el despacho de la fonda para mandar que preparasen habitaciones para el Sr. Ministro que va á llegar.

»— ¡ Cómo, señoras! ¿ sois..... erais.....

»— Lo fuimos..... y lo somos.....

» Su cara tomó el color de las lilas, del bermellon; parecia una paleta de pintor impresionista. ¿ Y el Sr. Laugeron y toda su servidumbre? Desde nuestra llegada reclamábamos en vano una palmatoria suplementaria, y ahora acabo de encontrar cinco sobre la chimenea. Numa estará aquí bien instalado y servido; te lo aseguro. Le reservan todo el primer piso, que desocupará dentro de tres dias el Principe de Anhalt. Parece que las aguas de Arvillard son funestas para las Princesas, y hasta el mediquillo es de opinion de que debe irse enseguida; mas no es por la salud de su Alteza, sino porque, si se muriera aquí, la fonda de los *Alpes del Delfinado* se desacreditaría.

» Da lástima ver la manera con que empujan á esa familia desgraciada, echándola con esa hostilidad magnética que se desgaja de los lugares en que se es importuno. ¡ Pobre Princesa de Anhalt, cuya llegada fué tan festejada en esta fonda! Por poco que tarde en irse, son capaces de llevarla hasta la puerta entre dos gendarmes. ¡ No consiente otra cosa la hospitalidad de las estaciones balnearias!..... A propósito ¿ y Bompard? No me dices si será de la partida. ¡ Peligroso Bompard! Si viene, soy capaz de trepar con él á la nevera más alta. ¡ Qué desenvolvimientos encontraríamos entre los dos allá, en las cumbres heladas!..... Pensándolo me río; ¡ soy tan feliz!..... Y yo inhalo, y yo inhalo, aunque un poco contrariada por la vecindad del terrible Bouchereau, que acaba de entrar y de sentarse dos asientos más allá delante de mí.

» ¡ Qué aire tan duro tiene este hombre! Con las manos so-

bre el puño del baston y la barba sobre las manos, habla en alta voz, mirando adelante y sin dirigirse á nadie. ¿Debo yo tomar como dicho para mí lo que dice de la imprudencia de los bañistas, de sus vestidos de batista clara, de la tontería de salir al jardin despues de cenar, en este país donde es mortal la frescura de las noches? ¡Mal hombre! Imagino que sabe que esta noche debo yo pedir para la propagacion de la fe en la puerta de la iglesia. El Padre Olivieri debe referir en el púlpito su mision en el Thibet, su cautiverio, su martirio, y la señorita Bachellery cantará el *Ave María* de Gounod. Cuando esta fiesta religiosa concluya, comenzará la mia, pues volveré á la fonda en procesion por todas las callejuelas negras del pueblo, rodeada de linternas; será una verdadera retreta con hachones. Si es un consejo lo que monsieur Bouche-reau me da, no quiero tomarlo; es demasiado tarde. Ademas, caballero, yo tengo carta blanca de mi mediquillo, que es mucho más amable que vos, y me ha permitido que para concluir dé una vuelta de vals en el salon de la fonda. ¡Oh! ¿nada más que una? Ya veremos.... Cuando yo bailo demasiado, todo el mundo anda detras de mí: no comprenden cómo puedo bailar tanto siendo tan delgada como un junco, y que una parisiense nunca enferma por bailar mucho. «Tened cuidado....» «No os fatigueis más....» Uno me trae el chal, otro cierra las ventanas para que no me resfrie; pero el más obsequioso es el jóven que columpia á la jóven Bachellery.... Entre nosotras, te diré que imagino que este señorito, desesperado con la frialdad de Alisa, ha puesto los ojos en mí y me hace la corte. ¡Desgraciado! pierdes el tiempo; mi corazón no me pertenece; es de Bompard.... Pues bien; no, no es de Bompard, y ya sé yo que tú lo sospechas; no es Bompard el personaje de mi novela. Es.... es.... más no; tanto peor, mi hora de inhlacion ha pasado. Ya te lo diré otro dia, adusta señorita.»

XII.

Una estacion balnearia.

(CONTINUACION.)

La mañana que el *Periódico de los Bañistas* anunciaba que Su Excelencia, el Ministro de Instruccion pública, y su agregado monsieur Bompard, con todo su acompañamiento, se habian apeado en los *Alpes del Delfinado*, la emocion fué intensa en las fondas inmediatas. Justamente la *Lacta* guardaba hacia dos dias á un obispo católico de Ginebra, para mostrarlo en el momento oportuno, ademas de un consejero general, de un juez de Chandernagore, un arquitecto de Boston, y en fin, toda una hornada: en la fonda de *La Chevette* esperaban á un diputado del Rodano con su familia; pero el diputado, el juez, todo desapareció arrebatado, perdido en la estela inflamada, gloriosa, que seguia por doquiera á Numa Roumestan: nadie se ocupaba ni hablaba más que del Ministro. Todos los pretextos se empleaban para introducirse en los *Alpes del Delfinado* para pasar delante del saloncillo del piso bajo, y para entrar en el jardin donde el Ministro comia entre las señoras de su familia y su agregado, para verle jugar á las bolas, juego á que son tan aficionados los meridionales, con el Padre Olivieri de las misiones, santo varon velludo como un oso, que á fuerza de vivir entre salvajes habia tomado sus costumbres, lanzando gritos formidables al apuntar las bolas, que levanta